

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

OFICINAS

Montera, 53, segundo
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

La Ilustración de los Niños

SUMARIO

I. Más sobre la enseñanza.—II. Cancion de los talleres.—III. La fé.—IV. Cantares.—V. El destino del hombre.—VI. La nave.—VII. El egoismo.—VIII. Apólogo.—IX. Ensayo de un estudio teológico-filosófico.—X. A Conchita Novi.—XI. Las espigas de Flora.—XII. La cinta azul.

MAS SOBRE LA ENSEÑANZA

Sobradamente debatido se encuentra en la prensa el árduo é importante tema de la enseñanza popular; pero como quiera que no acaban de acometerse de frente las dificultades que se oponen al bello ideal que nos sirve de epígrafe, hemos, á nuestra vez, de insistir en nuestros argumentos, hasta que por cuantos medios nos sugiera el ingenio, encaminemos la voluntad de los poderes para extinguir de raíz los vicios que esterilizan la enseñanza.

Buenas, muy buenas disposiciones han brotado de la gobernación del Estado, particularmente de la que en la actualidad rige los destinos de España; pero todas infecundas y de resultados contraproducentes, como nos lo demuestra la experiencia de veinte años.

Si, pues, las disposiciones son buenas, busquemos el origen del mal y talemus esa planta venenosa, que sobre dar la perniciosa enseñanza de su falta de respeto á las leyes, es la rémora para que se difunda la sávia provechosa del saber.

¿Cui prodest? se pregunta en derecho, cuando se trata de investigar los orígenes de un delito para aplicar la pena á su autor.

¿A quién aprovecha, preguntamos nosotros, que las clases más humildes de la sociedad no adquieran el desarrollo intelectual que deseamos?

No hay que esforzarse mucho en discurrir: á aquellos que asalariando el trabajo corporal, quieren secuestrar al obrero la facultad de pensar, los productos que brotan de sus brazos: á aquellos que poniendo en circulación sus tesoros, quieren, á mansal-

va, disponer de vidas y haciendas: á aquellos que, alejados de los sanos consejos de la religion del Crucificado, quieren someter á la dura ley del esclavo al semejante que le auxilia y enriquece, que le dá honores y fortuna.

¡Negra ingratitud!..

Pues bien, puesto que ellos mismos se dan á conocer con sus obras, puesto que todos los conocemos, sometámoslos al imperio de una ley que les haga respetar los derechos del desheredado y á respetar el nombre de la pátria en donde radican los bienes con que les brinda la fortuna.

Los caciques.

Bajo este nombre ejercen autoridad en el imperio chino los altos dignatarios de distrito, encargados de distribuir equitativamente los mandatos de una ley; pero entre nosotros, el nombre de cacique significa el rico hacendado que merma los derechos de sus convecinos con escarnio de la ley.

Y ya hemos levantado el velo.

Veamos, ahora, la manera de contrarestar el caciquismo.

Es innegable que las personas influyentes en las pequeñas localidades, ya sea por razón de su capacidad ó por sus riquezas, ejercen un irritante monopolio en la administración local y se sobreponen en provecho propio á las disposiciones del poder central, sin responsabilidad alguna, y digo sin responsabilidad, por que, para eludirla, colocan en los Ayuntamientos á vecinos que les están obligados por vínculos más ó menos respetables, y desde fuera, eludiendo esa responsabilidad, falsean los amillaramientos y padron de riqueza, clasifican á su antojo las fincas, aprovechan los pastos procomunales sin estipendio, nombrian y separan profesores que se retribuyen por igualas, aceptan y despiden dependientes que utilizan para su servicio y cobran del presupuesto municipal, y, en una palabra, encierran en un círculo estrecho, tan

estrecho, á sus convecinos, que no les dejan otro recurso que los favores de la Providencia, si les socorre con abundantes cosechas para sobrellevar las cargas del Estado y pagar rentas, y las que solapadamente les impone el capricho del cacique local.

¿Y cómo no sacuden ese yugo avasallador, invocando la ley de los más? preguntarán, acaso, los que no conocen á los caciques.

Pues voy á explicároslo: porque los que debieran tomar la iniciativa para procurar el orden administrativo, se encuentran subordinados al cacique que les prestó para sembrar; porque le vendieron á retro una finca, y vencido el plazo, no les tendria consideración alguna; porque temen encontrarse agraviados en el reparto del año siguiente; porque tienen pendiente alguna denuncia de daños causados en propiedad ajena; porque son incapaces, en fin, de encauzar sus querellas en el lugar correspondiente, y su incapacidad les amedrenta, su incapacidad les hace tímidos, contra sus propios intereses.

En cambio el cacique alardea cínicamente de su superioridad y procura que no se ilustren para que le sean dóciles y serviles.

Por eso persiguen á los maestros; por eso ponen obstáculos al desarrollo de la educación primaria; por eso explican á su antojo las virtudes cívicas y condenan el progreso, por más que les oigais blasonar de libres y de honrados.

Pero el Gobierno, que sabe todo esto y que está encargado de velar por la paz y los derechos de sus administrados, tiene, no solo el deber de promulgar las leyes, sino de que se cumplan literalmente, para que no se menoscabe el prestigio de la autoridad, ni se vulneren los fueros de la justicia.

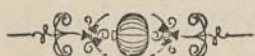
Al Gobierno toca disponer la revisión minuciosa de esos amillaramientos, averiguar la verdadera riqueza para que los tributos sean menos

onerosos, vigilar la administracion de los pueblos rurales, castigar con mano firme los excesos que se cometan en el ejercicio de la autoridad y entregar esta á personas de arraigo y buen criterio.

¡Qué! ¿Resulta que por su capacidad y posicion deben ser los alcaldes los actuales caciques?

Mejor: hágaseles responsables de las falsedades ú omisiones que se cometan en las relaciones de la riqueza, pero responsables en cantidad igual á las ocultaciones, y yo os aseguro que serán justos; pídaleles responsabilidad pecuniaria siempre que se aparten de la equidad y de la moral que reflejan las leyes, y serán prudentes, y al ser prudentes, equitativos y justos, habrán desaparecido los caciques, renacerá el deseo de que se ilustre el mayor número de personas para que se distribuya entre todos la pesada carga de la administracion municipal y por ende se protegerá á los maestros, haciendo que sus escuelas sean lo que deben ser: fuentes del saber y de la virtud

JOSÉ NOVI Y PEREDA



CANCION DE LOS TALLERÉS

—Venid, ¡oh, compañeros!
¡venid! desde esta aurora
idea redentora
recibe adoracion.

—¿Qué idea redentora
recibe adoracion?

—Aquella que, al mostrarse,
gran multitud atrajo:
su nombre es el TRABAJO,
y él es tambien el dios.

CORO

*Resuenen los talleres con ecos de alegría;
á trabajar corramos, que va á salir el sol,
y en los robustos hombros del que con fé trabaja
descansa la fortuna, la paz de la nacion.*

—Ni mármoles soberbios
para mayor decoro,
ni lámparas de oro
en torno al dios se ven.

—¿Ni lámparas de oro
en torno al dios se ven?

—Son, como la ley nueva,
sencillos los altares,
los vuestros sus cantares,
el templo es EL TALLER.

CORO

Resuenen los talleres, etc.

—Ministros necesita
la ley fecunda y nueva;
pero tambien reprueba
la vana ostentacion.

—¿Por qué tambien reprueba
la vana ostentacion?

—Porque es la inútil pompa
de nuestra ley azote,
y de ella sacerdote
será EL TRABAJADOR.

CORO

Resuenen los talleres, etc.

—No pide á sus adeptos,
contrarios á los vicios,
sangrientos sacrificios
que manchen el altar.

—¿No pide sacrificios
que manchen el altar?

—Ni atiza la discordia,
ni alienta la venganza;
su víctima es LA HOLGANZA,
y al dios se votará.

CORO

Resuenen los talleres, etc.

—Aquel que esta doctrina
venere con fé inmensa,
tambien su recompensa
tendrá en el porvenir.

—¿Cuál es la recompensa
que ofrece el porvenir?

—La PAZ de la familia,
el PAN de su sustento,
y el íntimo CONTENTO
de haberla hecho feliz.

CORO

Resuenen los talleres, etc.

—La ley, que á todos llama
sin séquito de guerra,
conquistará la tierra
que hoy vive sin quietud.

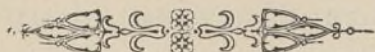
—¿Conquistará la tierra
que hoy vive sin quietud?

—Y el fausto destruyendo
de corrompidos séres,
saldrá de los talleres
el sol de la virtud.

CORO

Resuenen los talleres, etc.

VENTURA RUIZ AGUILERA



LA FÉ

HISTORIA

Estoy seguro, mis infantiles lectores, de que no habreis olvidado ni podreis olvidar nunca las hermosas mañanas del estío, en las que la naturaleza se manifiesta en toda la plenitud de su hermosura para dar gracias al Criador, ostentando sus más preciosas galas.

Siempre recordareis con placer esos primeros suspiros del día que habreis admirado discurriendo por las frescas y hermosas alamedas del antiguo y clásico Jardin del Buen Retiro.

Horas apacibles que, entretenidos en arrojar pan á las aves acuáticas que habitan en las cristalinas aguas del estanque, y en tan grata como caritativa ocupacion, habreis observado que, al chocar el pan con el agua, se forma un círculo pequeño que se deshace su-

cesivamente en otros mayores, hasta que el último se pierde en la inmensidad, y estoy convencido de que entonces vuestro preceptor os habrá hecho fijaros en tan singular fenómeno, símil perfecto de lo que es el saber y la ciencia, que se adquiere con el elemento de la instruccion; y á medida que esta es recibida por la inteligencia, ésta parece que se ensancha y se multiplica como los círculos á que me refiero, ejemplo que habreis grabado en la memoria, y meditando en él quizá haya suspendido vuestras reflexiones el acento triste y sentido de dos pequeños niños que cantaban y bailaban al compás de una mala y destemplada guitarra, implorando con sus sencillas coplas la santa caridad; entonces os habreis fijado en ellos y visto que la mirada torba, armonizada con el color pálido del niño, contrastaba con el mirar tranquilo y sosegado y el color rojo de su hermanita. El primero revelaba un carácter descontentadizo y arisco, mientras en la segunda se reflejaba la bondad con sus más vivos colores. Vosotros quizá, y sin quizá, no estareis enterados de la causa que diferenciaba aquellos dos séres, pero yo puedo deciros que era la fé cristiana, el signo característico de la niña y la falta absoluta de esta divina virtud el de su hermano.

De fijo direis vosotros, ¿y cómo habrá sabido esto el que estas líneas ha escrito? Muy fácilmente; por una escena habida entre los dos tiernos niños, de la que fui espectador, y que voy á tener el placer de relataros brevemente.

No era una mañana de estío como la que acabo de referiros, sino una tarde de otoño y en la época de las caducas férias de Setiembre.

Paseábame yo por el paseo de Atocha y gozaba recordando la época primaveral de mi infancia al ver multitud de niños cargados de juguetes, premios de su indiscutible aplicacion y obediencia, expresados fielmente, ya por las medallas que pendian de sus cándidos cuellos, emblemas de su aficion al estudio, ó por las caricias de sus padres, que decian ser dignos de tan merecidas preseas por la bondad de su carácter y sus acciones caritativas y ejemplares. Sacóme de mi éxtasis un corro de gente que, al extremo del paseo y frente á la Real Basílica, rodeaba á un chico que daba desaforados gritos, acompañados de alguna imprecacion. Atraído por la curiosidad me acerqué para saber el motivo de tan escandalosa algarada, y cuál fué mi sorpresa al encontrarme por autores de aquella grotesca escena á los dos pobres hermanitos, sentados en frente de la guitarra que, hecha pedazos, ardian sobre ellos dos cabos de vela, y en tanto que el desalmado chicuelo ensordecia á los transeuntes con sus groseras palabras, la hermanita, triste, paciente y resignada, contenia su llanto y murmuraba por lo bajo la oracion dominical del Padre nuestro. En vista de aquel extraño cuadro pregunté á un caballero que estaba próximo, la causa de aquel alboroto y con la amabilidad y cortesía propia solo de la buena educacion, me dijo que la tarde anterior, jugando con otros chicos, habia roto al

guitarra, que sin ella no quería cantar, y que, gracias á la infeliz niña, que se había procurado aquellas luces para alumbrar su miseria, conseguían algunas limosnas; pero que no siendo suficientes á saciar la glotonería de su hermano, desesperaba del modo que estaba viendo; yo, entonces, deseando mitigar en algo la infelicidad de aquellos desgraciados, que se acentuaba más á cada momento, porque el chico, como no dejaba de gritar y maldecir, en vez de excitar los sentimientos caritativos, los apagaba por completo, me escondí detrás de un árbol con el ánimo de dirigirle una reprensión envuelta en un sano consejo, y acompañadas ambas cosas con una limosna. Esperé á que ellos abandonaran el puesto, y á los pocos momentos se realizó mi deseo.

Los expectadores de aquella escena desaparecieron, la concurrencia se extinguió, los puestos apagaron las luces, los dos hermanos echaron á andar, y detrás de ellos, yo.

Pocos instantes duró el silencio.

No bien el muchacho se convenció de que nadie podía oírlos, dió comienzo una serie continuada de insultos contra su desdichada hermanita, que en vez de contestarle seguía implorando la clemencia divina con su no interrumpida plegaria, lo que produjo en el pequeño mendigo tal excitación, que dejó caer su mano sobre la sonrosada mejilla de la inocente párvula, que prorumpió en abundoso llanto; entonces quise salvar la distancia que entre los tres mediaba, pero el ruido de mis acelerados pasos hizo que el chico reparase en mí, y con el fin de evitar le encontrase, arrastró á su hermana hasta un rincón de la parte interior del Jardín Botánico, de modo que cuando llegué solo pude oír el siguiente diálogo:

—¿Tú rezas mientras yo me desespero?

—Reza tú también y encontrarás alivio á mis penas.

—Alivio sin gritar, sin dinero, y viendo á todos los de mi edad gozar y divertirse... Y luego dicen que hay Dios...

—Calla, desgraciado, me haces temblar.

—No tiembles y grita, á ver si alguno pasa y nos socorre: grita ó te mato; y alzó la mano por segunda vez.

—Ten compasión de mí, exclamó la afligida niña.

Yo no pude permanecer inactivo por más tiempo, y me coloqué en medio de los dos.

Ella suspiró tranquila, y su triste y penetrante mirada iluminó mi alma.

El, impasible, exclamó: una limosna á estos pobrecitos huérfanos.

—¿Limosna á tí, dije, que no la pides en nombre de Dios? No la esperéis los que no creéis en la Divina Providencia; los que no saben invocarla no merecen su misericordia. En cambio, tu pobrecita hermana, que en ella espera y tiene fé, encuentra los inagotables tesoros de la caridad, y mientras que tú vives rodeado de la miseria, acosado por los vicios y sumido en el cenagoso mar de la incredulidad, tu hermana, que no ha implorado en vano la gracia celestial, se vendrá ahora conmigo y encontrará el premio de su fé en los

tesoros de la caridad. Y la cogí de la mano; pero no bien sintió el contacto de la mía, la rechazó bruscamente exclamando entre mal comprimidos sollozos:

—Yo le agradezco á usted, señor, tan buena acción, y todos los días pediré á Dios y á su Santísima Madre por su salud y la de sus queridos hijos; pero dejar abandonado á mi hermano á la miseria y á la desesperación, nunca, Dios me castigaria.

Tan noble y sublime arranque en una niña de corta edad y ninguna educación, no pudo menos de sorprenderme; y mayor fué mi sorpresa cuando oí decir á su hermano estas frases, que quedaron grabadas en mi alma, y que pronunció en medio de una estupefacción indescriptible:

—Anita, ¿no quieres dejarme y rehusas el vivir desahogadamente, sin penas ni privaciones, y eso lo haces porque rezas?

—Sí, le respondió la niña; y si tú rezaras no te extrañaría mi proceder, hijo de un deber sagrado.

—Si yo rezara, replicó Julian, que así se llamaba el niño; pero si no sé rezar...

—¿Has olvidado ya la oración que nos enseñó nuestra madre?

—Apenas me acuerdo; sólo sé que empezaba: «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

La niña cayó de rodillas, su hermano la imitó instintivamente, y repitiendo una por una las divinas frases de la santa oración, formaban un divino cuadro que la luna iluminaba; el dulce murmullo de las ramas movidas por delicioso ambiente de la noche, era el coro angelical que repetía sus dulces ecos, y el rumor de la vecina fuente, el dulce bálsamo que apagaba la sed de su desgracia.

Terminada que fué la oración, Julian, mirándome fijamente, dijo:

—Llévese usted á mi hermana, yo no debo privarla de su felicidad ni exponerla á los azares de una vida llena de amargura; solo así puedo pagarla el bien que acaba de hacerme esa oración; ha despejado mi inteligencia, y siento en mi alma un consuelo que no acierto á definir. Sé feliz, adios.

Anita impidió su partida, asíéndole de un brazo. Los dos se estrecharon tiernamente, y el llanto era la benéfica lluvia que Dios derramaba en aquellas tiernas almas que en él creían y en su misericordia esperaban.

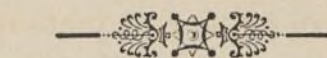
Hasta tal punto me conmovió aquella escena, que aprovechándome de aquellos momentos de éxtasis, arrastré á los dos hasta mi próximo hogar, en el que pasaron la noche.

A los primeros albores del siguiente día oímos los tres la primera misa en la basílica de Atocha, y después los conduje á uno de esos benéficos establecimientos donde la caridad derrama abundantes luces que alumbran la inteligencia y purifican el alma; donde entra el niño y sale el hombre; los dos aprovecharon las lecciones que allí se prodigan, acompañados de mis buenos y desinteresados consejos, y hoy, que han pasado bastantes años, puedo decirlos, inocentes lectores, que Anita se casará con un aplicado industrial el día que Julian, su hermano, tome

el grado de alférez, á que su arrojo y buena conducta le han hecho acreedor.

Aquí termina la historia que acabo de relataros, la que os ruego no olvideis jamás, porque por ella vereis claramente que la fé es el tesoro inagotable de la humanidad.

RAMIRO MARTINEZ APARICIO



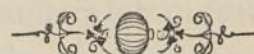
CANTARES ⁽¹⁾

Se siembra con la *Cartilla*
para recoger mañana;
solo la gente holgazana
deja podrir la semilla.

Para brillar en el mundo
pidió mi vergüenza en pago;
cambiar no quise un tesoro
por un oropel con fango.

No encubras con la mentira
una acción torpe ó bastarda,
que es abrir un agujero
para tapar una mancha.

TEODORO GUERRERO



EL DESTINO DEL HOMBRE

Por consecuencia de una desgracia de familia, la más grande que puede acontecer á los habitantes de este misero planeta, que es quedarse huérfanos, quedaron sin apoyo ni familia alguna dos animosos zagalejos de 15 y 17 años respectivamente, en una apartada región de España que explotan los delegados extranjeros, fomentando con seductoras promesas la emigración.

Los dos jóvenes, mecidos en honrosa cuna, habían adquirido una educación suficiente para abrirse paso á través de su desgracia; pero no tenían la experiencia necesaria para decidir, sino al azar, de sus futuros destinos.

Los dos, como hemos dicho, eran animosos é instruidos: los dos tenían la noble ambición de honrar el apellido que llevaban y de adquirir fama, independencia y honores; pero diferían, y muy mucho, en los medios, y por tanto tenían que resignarse á vivir separados.

El mayor, que, aunque no aventajaba en talento á su hermano, tenía más experiencia, revelaba en su exterior más humildad y pensaba con más madurez, decidió consagrarse al comercio, y venciendo los escrúpulos que á esa edad se presentan para someterse al servicio de los amigos, franco y resuelto solicitó y obtuvo entrada en un establecimiento comercial de un antiguo manguitero.

El más pequeño, chico de una imaginación de fuego, pero algo altivo y menos humilde que su hermano, dando vuelo á su ciega fantasía, soñaba reconquistar una fortuna con el auxilio de su propio esfuerzo, y por no someterse á lo que él consideraba una bajeza, esto es, por no prestar servicios domésticos á los que fueron sus iguales y acaso sus dependientes, resolvió contratarse con un comisio-

(1) Forman parte de los *Cantares de un viejo*, nuevo libro de Sr. Guerrero.

nista que reclutaba brazos útiles para el desarrollo de la riqueza forestal de una república de la América del Sur.

Creía, en su delirio, que al contemplar su educación y examinar su capacidad, sería dedicado á trabajos de inteligencia ó de gabinete, y que allí realizaria, lejos de la crítica de sus conocidos, una verdadera fortuna, y se embarcó en el primer paquete que se dió á la vela desde el puerto de Vigo.

No hace al caso describir las penalidades de la travesía, pues son harto conocidas, aún con bonanza, para los desgraciados que se dejan seducir por las halagüeñas promesas de los reclutadores. Nuestro héroe desembarcó sano y salvo en una bahía extensa y ardiente, y fué cobijado en una estrecha y miserable mazmorra, contigua á la playa, en donde permaneció con otros, más de ocho días, escaso de alimentación y sobrado de miseria y malos tratamientos.

Casi fueron aquellos días nuncio de su tardío arrepentimiento.

Internado en los vírgenes bosques de América, provisto de su hacha, ganaba un jornal mezquino á cambio del penoso trabajo corporal, cubriendo el delicado cutis de su mano con una negra costra callosa, y cambiando el blanco brillo de su rostro por la sobrenatural careta que imprime sobre la tez el sol del Trópico.

Los indígenas, á quienes trató repetidas veces de probar su suficiencia para ejercicios más nobles, desoyeron los sentidos ruegos de nuestro héroe, y no tuvo más remedio que continuar aprovechando las fuerzas de su viril naturaleza para mal comer.

Una tarde, después de haber cobrado la quincena, resolvió abandonar el bosque, y así lo hizo, dejando en la mazmorra una carta de despedida para su amo y señor.

El joven penetró en una montaña árida y encrespada, habitada tan solo por animales salvajes, caminando á la ventura y sin otra esperanza para alimentarse, puesto que desconocía el terreno, que la caza que se le presentara á tiro, con cuyo fin había adquirido una desvencijada carabina.

La noche la pasó sobre los vegetales secos que el huracán había depositado entre dos peñascos de inaccesible altura, sin apercibirse de otra cosa que del ruido estridente que producían las fieras y el ligero trepar de las cabrillas.

Al amanecer se puso en movimiento, escuchando á los pocos pasos un tiro.

—Algun cazador, se dijo; veamos si me dirige hacia donde pueda almorzar alguna cosa.

Y bien pronto se encontró frente por frente á un enorme negro, que recogía del suelo una hermosa paloma muerta.

—¿Cazais por recreo? le preguntó.

—Por necesidad; mi señor me pegaba mucho y vivo escapado en la montaña.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Un mes.

—¿Cómo te alimentas?

—Con caza y pesca.

—Muy bien. ¿Tienes casa?

—A la falda de esa vertiente me cobijo en una profunda cueva. Si quereis verla... además almorzareis conmigo.

—Con mucho gusto.

Y aunque con alguna sospecha de si aquel montaraz negro sería algun bandido, empezaron á descender por las rudas sinuosidades de las peñas, penetraron en la caverna, y tomando asiento en una rústica tabla que cruzaba de uno á otro lado el aposento, para servir de lecho, continuó:

—¿Y aquí no hay poblacion cercana?

—En muchas leguas; solo en el vecino bosque se encuentran trabajadores que habitan en mazmorras, le contestó ignorando la procedencia de su interlocutor. ¿Y caminais á punto determinado?

—No tengo para qué negarlo. Voy á explorar el seno de estas montañas, en donde es fama que existen muchas riquezas.

—¿Sois extranjero?

—Español.

—¡Oh! Yo estimo mucho á los españoles porque son valientes y nobles, generosos y entendidos.

El corazón del joven empezó á reanimarse.

—Yo, continuó el negro, seré tambien franco, ya que vos lo sois conmigo: poseo un secreto, pero un secreto que ha podido hacerme rico y no puedo por mí mismo realizarlo. Puesto que segun decís venís á explorar... pero vamos á almorzar y hablaremos entre tanto.

Y encendiendo el hogar que previamente tenía dispuesto entre dos piedras, peló la paloma y la colocó sobre la llama para que se asara, ó más bien para que se carbonizara.

Entre tanto continuó el negrito.

—Como os decia... tengo un secreto...

—Decid, decid, si os inspiro confianza.

—Un secreto admirable, una riquísima mina de oro, descubierta hace tiempo por un inglés, cuyo sugeto murió repentinamente antes de hacer la denuncia.

—¿Y ese secreto?...

—Me le confió al espirar en mis brazos.

—¿Y por qué no la denunciásteis vos?

—Porque era esclavo y la reclamaria mi señor; pero hoy que tengo la suerte de hallaros, que me pareéis un hombre de bien, que si no me equivoco no debéis andar muy sobrado de bienes, á juzgar por vuestro exterior, y que, en fin, podeis realizar la fortuna de los dos y mi libertad... si os place...

—Admitido; haremos sociedad y utilizaremos los productos por iguales partes.

—Sea.

Y entregándole la mitad de la paloma, asada como hemos dicho antes, se pusieron en marcha hacia la mina, cuya boca estaba á la vista de la guarida que acababan de dejar, si bien cubierta con piedras sobrepuestas y algunas yerbas secas.

La mina era fabulosamente abundante y de materiales purísimos, tanto, que al presentar las primeras muestras á los prestamistas del país no le fué difícil adquirir una crecida suma, con lo cual comenzó enseguida la explotación, siendo bien pronto dueño de una fortuna; la fortuna con que soñaba en España.

Desde entonces dió rienda suelta á su natural altivo, á su ciega soberbia; escribió á su hermano, más bien para ofenderle y deprimirle por su vida modesta, que para adquirir noticias suyas; puso á salvo de sus compromisos al negro de la montaña, y rico y tiranuelo, tanto como aumentaban sus riquezas, tanto iba perdiendo, por su conducta, en el concepto de las gentes.

Más de dos veces estuvo amenazado por el cuchillo de los esclavos, y otras tantas perseguido por los especuladores de la ciudad, hasta el punto de que cobrando miedo á su propia situación, redujo sus riquezas á metálico, y estableciéndose en Marsella fundó una compañía de vapores para hacer el comercio de pieles con la América del Sur, en donde dejó de representante á su antiguo consocio, el negro de la montaña.

Nuestro héroe continuaba altivo y soberbio para con los marinos, y despegado, indiferente y hasta insultante para con su hermano.

Su vida era una vida de dilapidación, y hasta cierto punto, licenciosa y desordenada.

Pero la suerte, que es veleidosa y loca, se cansó de favorecerle, y la faz de los negocios cambió en ménos de ocho días.

La quiebra de una importante casa de banca de París le afectó en más de seis millones de francos, y en un mismo correo recibió la noticia de que su representante en América, traspasando las acciones de su mina, y con los fondos de la compañía de vapores de Marsella, había desaparecido del territorio, y que una tormenta deshecha había echado á pique tres de los cinco vapores, sin haber podido salvar más que la tripulación, con lo cual la ruina era de todo punto completa.

Perseguido de muerte por la justicia y por los acreedores, atravesó reservadamente el golfo de Lyon y se trasladó á España, cruzado de brazos y sin medio alguno de subsistencia, puesto que las autoridades habían embargado en la casa todo género de bienes, para responder al concurso de acreedores.

Una mañana, de madrugada, veíase sentado á la puerta de un comercio de la Coruña un hombre como de unos treinta años de edad, con barba desmesuradamente larga y descuidada, de semblante anguloso y pálido, vestido con ropas finas, pero andrajosas y manchadas, calzado con alpargatas y sin calcetines, por cuya razón podía descubrirse un pié blanco y bien cuidado, aunque herido por las fatigas de una larga caminata, y con un sombrero de anchas alas, caído hacia los ojos, como si quisiera ocultar su fisonomía á los pocos transeúntes que circulaban por la calle.

Este hombre tiritaba de frio, y en su semblante escuálido se dibujaban las huellas del hambre y del dolor.

La mañana avanzaba, y las puertas del comercio se abrieron de par en par.

—¿Quién sois? le preguntó el dependiente.

—Un pobre, contestó tímidamente el viajero.

—¡Tan temprano!

—¡Temprano! Temprano es para los que se levantan ahora; pero para los que no han dormido en toda la noche ni cenado siquiera un pedazo de pan...

—Perdonad por Dios, y volved cuando se haya vestido el principal.

—¿Teneis la bondad de decirme quién es vuestro principal?

—Don Fulano de Tal.

—¡Cielos! exclamó conmovido.

—Y sin levantar los ojos del suelo sacó una caja del bolsillo de su gaban que contenía una pequeña sortija de oro, y añadió:

—Hacedme el favor de entregar á vuestro principal ese recuerdo, y hasta luego.

Y desapareció.

El dependiente hizo mil conjeturas de aquel extranjero, que como tal le había reconocido, y al salir su principal á la tienda le entregó, lleno de celo, la cajita, esperando que su curiosidad había de descubrir algun misterio.

—¡Un pobre! preguntó con avidez. ¡Un pobre este recuerdo de familia! ¡Un pobre que no ha cenado conserva esta alhaja en su poder! ¡Un pobre que tiembla de frio y de hambre me obsequia con esto, que es mi mayor tesoro! ¡Madre mia! ¡Madre mia! Parece que te la veo puesta como cuando me vivias. A ver, muchachos, cada uno por su lado, á buscar á ese extranjero. Si se la ha usurpado á mi hermano, añadia, debo perdonarle, puesto que me la entrega en situacion angustiosa para él, y en medio de todo tiene rasgos de nobleza; sí, yo debo alimentar á ese extranjero menesteroso. yo debo pagarle esta accion, yo debo pagarle esta alhaja; á buscarle, á buscarle.

Y mientras los dependientes recorrian la ciudad, el honrado comerciante acariciaba con efusion la sortija de su amada madre.

A los pocos momentos penetró el viajero en la tienda, quedándose inmóvil, como petrificado, á la vista del comerciante.

—¿Vos habeis traído?...

—Sí, contestaba lleno de inquietud y de quebranto, como excusando hablar delante de los dependientes.

—¿Sois francés?

—¡No! replicaba enjugándose los ojos.

—¿Cómo poseiais esta alhaja?

—Legítimamente.

—¿Y sabeis de quién era?

—Sí, murmuró suspirando.

—¿Me conoceis?

—Perfectamente.

—¿Quién sois?

—La soberbia.

—¡La soberbia! replicó admirado. ¿Teneis familia?

—Sí.

—¿Familia honrada?

—En extremo.

—¿En dónde habita?

—Aquí, aquí en esta casa, hermano mio...

—¡Hermano! sollozó el aplicado comerciante colgándose literalmente de su cuello.

—Sí, yo soy tu hermano, tu indigno hermano.

—¡Tú! continuó asombrado de aquel encuentro; ¡tú un mendigo! No, no puede ser

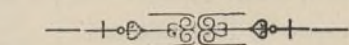
mendigo. aunque pierda sus riquezas, el que guarda en el infortunio este recuerdo de su madre.

Y tomándole de la mano le internó en las habitaciones, diciendo:

— Ven, ven; aquí está tu casa y tu familia. Tú no eres la soberbia, no; tú eres el arrepentimiento, hermano mio.

Aprended, niños, por esta enseñanza, á tener amor á vuestra patria, á no sonrojaros con el trabajo delante de los conocidos, á no engreiros con riquezas que pueden perecer, á tratar con humildad á todos, á honrar la memoria de vuestros mayores, como lo hizo el hijo aventurero, y á perdonar, como el comerciante, las ofensas que os infieran los individuos de vuestra familia, que, al fin y al cabo, nadie en la tierra tiene seguros sus destinos.

VICENTE D. BORDANOVA



LA NAVE

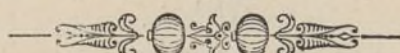
—«Locas ondas
agitadas
con los soplos
de huracan,
humilláos
á mis plantas,
que la reina
soy del mar.»—

Así dijo
con orgullo
una nave
de Albion;
mas las olas
en tumulto
se movieron
con furor,
y en su seno
sepultaron
á la nave
sin tardar;
la soberbia
castigaron,
y el castigo
fué ejemplar.

MORALEJA

Si algun necio
se envanece,
aunque tenga
gran poder,
y á su imperio
tal vez quiere
todo el mundo
someter,
la fortuna
desbarata
los intentos
que forjó...
La soberbia
es castigada
por los hombres
ó por Dios.

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ



EL EGOISMO

Raro es el hombre que no le tiene.
¿Y qué es el egoismo?

Es el amor al interés propio, antes que al ajeno.

Es el aprecio de la propia valía.

¿Cuáles son las cualidades porque se distingue al egoísta?

El egoísta no es, no puede ser un verdadero amigo.

Y si os visita, si frecuenta vuestras reuniones, si cultiva vuestra amistad, no lo dudeis, será para sacar algun provecho.

Al egoísta no le habéis de la patria, de los males que la afligen; no le preguntéis qué ha hecho para remediarlos, pues de seguro que os referirá una importante relacion de hechos llevados á cabo por él, y ocupará largamente vuestra atencion, diciéndoos que él tiene merecidos los más altos puestos oficiales; encomia sus más pueriles actos, calificándolos de sacrificios, y os molestará hablando de sí propio para deprimir en su conversacion á la familia y á los amigos más sinceros.

No pidais favor alguno al egoísta, pues en la hipótesis de que os le haga, será de mala manera, y continuamente os echará en cara el servicio que os haya prestado, por fútil y nimio que sea.

No os acerqueis jamás á pedir consejo al hombre egoísta que ejerza vuestra profesion ú oficio, pues matará vuestras nobles aspiraciones, se reirá de vuestras obras con risa mordaz, sarcástica, infame, motivada por su despecho.

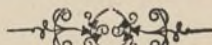
No le expliqueis tampoco al egoísta vuestros propósitos para el porvenir, porque utilizará solapadamente vuestro pensamiento, si es capaz de ejecutarle por sí mismo, ó procurará destruirlos de la manera más taimada, cuanto más halagüeños sean.

Si es pobre, pintará el mundo con los más negros colores; os dirá que no hay virtud, honradez, moralidad, sino escándalo, monopolio, ágio y mentira; si es rico, os asegurará, bajo su *palabra de honor*, que cuanto él tiene lo debe á su *laboriosidad*, á sus *penalidades*, y esto cuanto más vago, más ignorante, más usurero ó corrompido sea.

Y concluiré diciéndoos que el egoísta es hoy muy comun en la sociedad, gracias al positivismo, que parece haber tomado carta de naturaleza entre nosotros.

Vivid, pues, prevenidos, mis queridos lectores.

MANUEL LOPEZ CALVO



APÓLOGO

Por una campiña hermosa,
bordada de flores mil,
corre una niña gentil
tras pintada mariposa.

Como en su empeño no cesa,
cruza toda la campiña;
que al acercarse la niña
la mariposa se aleja.

Y así las dos avanzando
y en su empeño no cediendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

Mas ¡ay! la niña imprudente
va en pús de la fugitiva,
que la excita y la cautiva,
en direccion de un torrente.

Ya se acerca y no le evita
porque el peligro no ve;
se adelanta, pierde pié,
y en el espacio se agita.

Oyóse un grito angustioso,

la niña al agua cayó;
blanca espuma la envolvió
y todo quedó en reposo.

.....
Sigue el torrente avanzando
de espuma el agua cubierta;
la niña... en su fondo muerta,
la mariposa... volando.

Y un anciano, que la escena
presenció, de espanto mudo,
cuando hablar al cabo pudo
murmuró con honda pena:
—¡Cuántos hay, que por correr
en este mundo traidor
tras de efímero placer,
suelen hallar el dolor!!

JOSÉ BUSTILLO

ENSAYO

DE UN

ESTUDIO TEOLÓGICO-FILOSÓFICO

SOBRE ALGUNAS FRASES DEL GÉNESIS
DE LA SANTA BIBLIA, EN FORMA DE CATECISMO, POR
DON JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA

(Continuacion)

XXI

P.—¿De cuántos elementos principales consta el mundo?

R.—De cuatro: aire, agua, tierra y fuego.

XXII

P.—¿Qué naturaleza tiene cada elemento?

R.—El fuego la tiene cálida y seca, el aire cálida y húmeda, el agua húmeda y fría, y la tierra seca y fría.

XXIII

P.—¿De qué naturaleza dicen que es el cielo?

R.—De naturaleza fogosa ó ardiente, de figura redonda y movable.

XXIV

P.—¿Si es movable cómo no se cae?

R.—Se caería por su mucha ligereza, como dijeron los filósofos, si no fuese dirigido y equilibrado por el movimiento de los planetas.

XXV

P.—¿Por qué usó Dios del número seis en la creacion?

R.—Porque este es un número perfecto, segun razones de Aritmética, y para manifestar que todas las cosas que habia creado eran perfectas y muy buenas.

XXVI

P.—¿Qué sentido místico tienen estas palabras *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*?

R.—Que el Eterno Padre hizo el cielo y la tierra por medio de su Hijo.

XXVII

P.—¿Por qué se dice en la Escritura *Habia Dios plantado el Paraíso desde el principio*?

R.—San Jerónimo piensa haberse plantado el Paraíso antes de criarse el cielo y la tierra.

XXVIII

P.—¿Qué se entiende por el cielo y tierra en aquellas palabras *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*?

R.—Aquella materia informe, que creó Dios de la nada, se llamó primeramente cielo y tierra; no porque ya lo fuese, sino porque lo podía ser; porque leemos haberse hecho el cielo estrellado en el segundo día, y en el tercero haber aparecido la tierra vistiéndose tambien de árboles y yerbas. El nombre de

cielo se puede aplicar metafóricamente á las criaturas espirituales, y el de tierra á las corporales.

XXIX

P.—¿Que quiere decir *El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas*?

R.—Era llevado, no vagamente, mas con potestad é imperio de Criador, para dar figura y movimiento á la materia informe, que aquí se significa con el nombre de agua.

XXX

P.—¿Qué quiere decir *Mas la tierra era invisible y sin adorno*?

R.—Era invisible por su oscuridad, y carecia de adorno por carecer todavía de su propia figura.

XXXI

P.—¿Por qué dice la Escritura *Dijo Dios, hágase la luz*?

R.—El sagrado escritor puso *dijo* por *hizo*; para mostrar la prontitud ó facilidad de divina operacion.

XXXII

P.—¿Qué quiere decir *Llamó Dios á la luz día*?

R.—Que hizo que se llamase así.

XXXIII

P.—¿Por qué leemos haber sido creada la luz en el primer día?

R.—Porque convino á las obras de Dios, que la luz eterna criase la luz temporal en el primer día, para que con ella se viesen las demás cosas, que despues habia de ir creando.

XXXIV

P.—¿Qué se puede entender por las palabras de *La mañana y la tarde fué un día*?

R.—Puede entenderse el fin de la obra concluida y el principio de la comenzada.

XXXV

P.—¿Qué quiere decir *Vió Dios que era bueno todo cuanto habia creado*?

R.—Que le agradó que permaneciese lo que hizo en aquella bondad con que le agradó hacerlo.

XXXVI

P.—¿Por qué del hombre sólo se dijo *Hagamos al hombre*, y de las otras criaturas leemos *Dijo Dios*?

R.—Para dar á entender que, por ser el hombre criatura racional, fué hecho con especial consejo, y tambien para mostrar con esta distincion la excelencia de su naturaleza.

XXXVII

P.—¿Por qué dijo Dios en plural *Hagamos*?

R.—Para manifestar una operacion especial de las Tres Divinas Personas.

XXXVIII

P.—¿En qué es el hombre imagen de su Criador?

R.—En el alma, que es su parte más noble.

XXXIX

P.—¿En qué es juntamente imagen y semejanza de Dios?

R.—Es su imagen en la eternidad, y una semejanza suya en las propiedades.

XL

P.—¿Por qué dijo segunda vez la Escritura *Crió Dios el hombre á su imagen*, habiendo dicho antes á *nuestra imagen*?

R.—Para dar á entender dos cosas, á saber: la pluralidad de las Personas y unidad de la Divina esencia.

XLI

P.—¿Por qué de solo el hombre no se dice en particular *vió Dios que era bueno*, como se dijo de las demás criaturas?

R.—Porque despues de creado el hombre se decia que todas las cosas eran muy buenas, como si antes cada una de ellas fuese solamente buena; mas llama-

ronse todas luego muy buenas por causa del hombre, por haberse creado todas para beneficio del hombre mismo, que fué creado para alabanza y gloria de su Criador.

XLII

P.—¿Por qué dijo el historiador sagrado *Estas son las generaciones del cielo y de la tierra*?

R.—Para confundir á los que afirman no haber tenido principio el mundo, ó que siempre ha sido.

XLIII

¿Por qué dijo *En el día en que hizo el cielo y la tierra, y no en los días*?

R.—En la palabra día dió á entender todo el tiempo de la creacion: así dijo tambien el Apóstol: *red ahora el día de la salud*, queriendo dar á entender por día todo el tiempo de la vida presente, en que trabajan los santos por alcanzar la eterna.

XLIV

P.—¿Para qué dijo antes que toda planta del campo naciera en la tierra?

R.—Para mostrar la prontitud de Dios en la creacion, como si dijera, antes que naciesen de la tierra algunos frutos, y antes que creciesen ó brotasen todos los campos y collados se vieron de súbito cubiertos de árboles y yerbas.

XLV

P.—¿Para qué dijo *Porque el Señor, Dios, aún no habia hecho llover sobre la tierra*?

R.—Para que se entendiese el muy diverso modo con que produjo la primera vez, de cómo produjo despues: las siguientes producciones se efectuaron tarde y al compás de las llavias; mas la primera se vió nacida cuando Dios lo mandó.

XLVI

P.—¿Cómo se han de entender aquellas palabras *subia de la tierra una fuente que regaba toda la superficie de la tierra*?

R.—O se habla aquí de solo el Paraíso, que se cree haber sido regado con una sola fuente, ó se habla de toda la tierra, y en este sentido querria que se entendiese la abundancia de todas las aguas.

XLVII

P.—¿Por qué dice *Formó, pues, el Señor, Dios, al hombre, del barro de la tierra*, habiéndose dicho antes que fué creado en el sexto día?

R.—Habló antes brevemente, como en compendio y por anticipacion de la creacion del hombre, y luego la declara aquí más extensamente por enumeracion.

XLVIII

P.—¿Qué quieren decir las palabras *Formó, pues, el Señor, Dios, al hombre del barro de la tierra y le inspiró en su rostro soplo de vida*?

R.—Que el hombre se compone de dos sustancias: de un cuerpo formado del barro de la tierra, y de un alma espiritual, creada de la nada por medio de la inspiracion Divina.

(Se continuará)

A CONCHITA NOVI

EN EL TERCER ANIVERSARIO DE SU PREMATURA MUERTE,
OCURRIDA EL DIA 15 DE NOVIEMBRE DE 1878

Rubia y rizada, hermosa cabellera,
ostentabas graciosa, aquí en el suelo:
hoy tus ojos fulguran en el cielo
do tu faz se refleja placentera.

Sus galas sobre ti la primavera
pródiga derramó con grande anhelo,
aquí donde vivimos con desvelo
desde la aurora hasta la edad postrera.

Ahí eres, ante Dios, bella, selecta:
aquí fuiste tesoro inapreciable:
figura eres ahí pura, correcta,
correcta y pura cuanto aquí de afable.
Angel, Conchita, fuiste predilecta,
ángel serás por siempre perdurable.

ADELINA MARK

LAS ESPIGAS DE FLORA



I

¡Mañanita queri-
da, mañanita de los
vapores de rosa y
nácar, la de las nie-
blas de coral y oro,
la de los besos de flo-
res y los suspiros de
esencia!

Mañanita que al mundo
das alegría,
recibe los saludos
del alma mía;
que tu rocío
haga crecer la siembra
del campo mío.

Así cantaba la hermosa Flora, más alegre que
la mañanita á quien enviaba sus tiernos sa-
ludos.

Así cantaba, y con sus blancas manos, que
parecian manojos de jazmines, sacaba de un de-
lantal puñados de trigo, los esparcia por los
surcos, y conforme los dejaba, les decia:

Caed, granitos de oro, caed; no os dé miedo
vivir debajo de la tierra en sitio oscuro, porque
allí encontrareis alimento, porque las nubes
luego se abrigarán por encima de los aires, os
refrescará la lluvia y se dormirá sobre vosotros
el rocío.

Caed, que el sol entre tanto os dará vida, tan-
ta que no cabrá en vosotros mismos, y así os
hareis grandes, querreis ver al sol para darle
gracias; se romperá vuestro envoltorio y la
tierra que os rodee se abrirá, dejándoos paso
libre.

Entonces sí que estaré yo contenta, granitos
de oro...

Caed, porque la luz colorará de verde esme-
ralda vuestras alargadas hojas; tendreis tallos
esbeltos, y sobre cada uno de ellos mecerá el
aire una espiga con muchos granos.

Lo ménos sereis cada uno un ciento...

Caed... ¿quién sabe si algun día sereis el pan
de los pobres, que morirían de hambre sin vos-
otros?...

II

Dos granos, que habian caído juntos, oyeron
á Flora las palabras que les decia.

El uno de ellos se conformó con la suerte que
le esperaba, y dejó que la tierra le envolviese.

El otro, por el contrario, cuando se vió debajo
de ella, se levantó orgulloso y salió sobre la su-
perficie á gozar del aire y de la luz.

Pero, apenas habia salido de su encierro, co-
gió un pajarillo, abrió su vuelo y se perdió
entre las ramas de los árboles.

En tanto el otro se nutrió, creció y se cum-
plió la profecía de Flora; tuvo muchas hojas y
muchas espigas...

III

Dicen que Flora volvió al tiempo de la siega,
y entre uno de los haces que formaba, vió le-
vantarse unas espigas, hermosas como ningunas
y más grandes que todas.

Asombrada al verlas, las sacó de entre las de-
más, comenzó á mirar sus granos, y su admira-

cion llegó al extremo al ver que formaban entre
sí una inscripcion que decia:

«Tened paciencia, y Dios premiará vuestra
virtud.»

IV

Flora corrió entonces al pueblo, ansiosa de
mostrar tal maravilla, y las espigas corrieron de
mano en mano, primero entre los segadores y
después entre todos los vecinos.

Los que eran impacientes y soberbios,
como el grano orgu-
lloso, no envidiaron
la suerte suya; vieron
en las espigas un avi-
so de Dios, y muda-
ron sus costumbres
desde entonces.



Los que eran paci-
ficos y resignados
quisieron serlo más,
esperando, no en bal-
de, el premio que se
les anunciaba.

Todos acudieron á
la ermita, hicieron
fiestas, repicaron las
campanas y las esi-
gas fueron colocadas
en la pila del agua
bendita.

V

No creais que la historia de las espigas de
Flora es una invencion mia, nó; sucedió tal co-
mo os la cuento.

Hay quien conoció á Flora: hay quien vió las
espigas.

Y es tan cierto, que en casi todos los pueblos
que visiteis, vereis cómo cuando las espigas
empiezan á romperse, las primeras, las que tie-
nen el tallo más grueso y más alto y los granos
más grandes, las cortan los dueños del campo
en donde nacen, y las ponen en la pila del agua
bendita de su iglesia.

LA CINTA AZUL

I

Una vez iba un buque por la mar.

Era una tarde muy serena, el cielo estaba azul
y el mar tan tranquilo, que parecia una balsa
de aceite.

La tripulacion del buque, que se dirigia há-
cia las costas del Africa, iba muy contenta, en-
tretenida en gozar del magnífico espectáculo
que formaban las únicas tres cosas que veía: el
sol, el agua y el cielo. Pero de repente se for-
mó una nubecilla blanca que se mecía á lo lejos,
como si fuera una paloma que volaba por la in-
mensidad de aquel limpio horizonte.

Luego fué acercándose poco á poco, después
con mas velocidad y aumentando siempre de ta-
maño. Por fin se colocó sobre el buque, se os-
cureció el sol, se levantó un huracan terrible,
empezó á caer una lluvia á torrentes, se oyó
una detonacion espantosa, al mismo tiempo que
un relámpago iluminó el espacio, y una chispa
eléctrica, atraída por el palo mayor, hendió el
buque incendiando unos barriles de pólvora que
en él venian.

Entonces estalló todo el barco, y la tripula-
cion, envuelta entre pedazos de tablas y made-

ros, saltaba por el aire y volvía á caer sobre el
blando lecho de las aguas.

II

A los pocos dias se anunció el incendio del
buque.

No habian muerto todos los viajeros; queda-
ban algunos vivos y los cadáveres que sobrena-
daron fueron recogidos.

Pero nadie sabía de Margarita. Su pobre ma-
dre lloraba amargamente.

Dicen que del dolor se volvió loca.

Y todos los dias iba y venia á la playa, y de-
cia á las olas:

—¡Olas que sin cesar levantaiis vuestra cabeza
de diamantes por esos mares! buscad á la hija
de mi alma. Decidla que no tarde, que aquí la
espero. ¿Sabeis cómo se llama? Margarita. Tiene
los ojos azules como los cielos, tiene los cabellos
rubios como las hebras del oro, los labios rojos
como las rosas, la frente blanca como la nieve
y sus mejillas son como la nieve y como las
rosas.

¡Buscadla, buscadla, y si ha caído en el fondo
de las aguas venid y llevadme donde está!

Pero iban las olas sin cesar y sin cesar vol-
vian.

Y la pobre madre, cuando al romperse se
escuchaba el ruido de sus cascadas ó al estre-
llarse contra las piedras sonaban las gotas que
caian, pensaba que en su murmullo contesta-
ban: «Margarita, tu pobre hija, la de los ojos
azules y los cabellos de oro, yace en el fondo de
los mares.»

Y la pobre
madre todas
las tardes,
cuando el
sol se dor-
mia entre
las nieblas
del occiden-
te, volvía
llorando á
casa y decia:

—¡Pobre hija de mi alma! ¡quién
se volviera ola para ir á buscarte!



III

Empezaba la primavera. La madre de Marga-
rita se consumía de tanto llorar, de tanto ir y
venir á la playa.

Un día se sentó, como siempre, junto á las
olas.

Estaba tan cansada que se quedó dormida:
soñaba, y como no podía soñar en otra cosa,
soñaba en su hija y se le oía murmurar:

—¡Quién fuera ola para deshacerse por esos
mares!

¡Quién fuera pájaro para volar por encima de
las aguas!

.....

Las golondrinas, cuando llega el invierno, se
van á las costas del Africa, y cuando el verano
empieza dejan aquellos terrenos cálidos y se
vuelven á los mismos nidos que habian aban-
donado el año anterior.

Pues bien, cuando la pobre madre soñaba, se
detuvieron alrededor de ella una porcion de
golondrinas que volvian del Africa.

Yo no sé si sabreis que las golondrinas son
unos pájaros sagrados; nadie las maltrata ni les
hace daño. Se cuenta de ellas que, parándose
sobre la divina cabeza de Nuestro Señor Jesu-
cristo, cuando estaba en la cruz, le sacaron una
á una sus espinas. Por eso todo el mundo las

respeto, y Dios, en premio, les concedió más gracias de las que nosotros pensamos.

Y como la madre no hacía más que repetir:

«¡Quién fuera pájaro!» «¡quién fuera pájaro!» cada una de las golondrinas se quitó una pluma de sus alas y la dejó sobre ella, y luego revoloteando de un modo especial que solo ellas entienden, siguieron su vuelo. Cuando le seguían volaba con ellas la madre, convertida en golondrina.

IV

Como era tan hermosa Margarita, un príncipe se enamoró de ella durante los días felices de navegación, y Margarita, sin saber que era príncipe, porque este viajaba de incógnito, sintió también amor hacia él, y como era tan buena, que parecía un ángel, no encontró otra prueba de amor más á propósito que darle como recuerdo, que una medalla de la Virgen, que llevaba colgada en su cuello con una cinta azul.

Un día el príncipe había ido de caza.

Era por la tarde, corrieron persiguiendo á un ciervo, y como el tiempo era delicioso y los árboles del bosque convidaban al reposo á la sombra de sus frondosas ramas, los cazadores rendidos se sentaron alrededor de un tronco á descansar, y bien pronto su conversacion fué siendo lánguida, y el ruido de un arroyuelo cercano y el del aire, que apenas movía las ramas, arrulló su sueño.

V

Y el príncipe soñaba en su Margarita, no había vuelto á verla y estaba perdidamente enamorado de ella.

En medio de su sueño se llevó maquinalmente las manos al cuello, sacó la medalla y la dió un beso.

Pero hé aquí que llegaba el invierno, y una bandada de golondrinas que volvían al Africa pasaron por el bosque, estaban muy cansadas y se pararon en un árbol, sintieron luego sed y bajaron al arroyo.

Mas ¡ay! que entre todas iba la madre de Margarita, la madre que por sus deseos se había vuelto golondrina, y al bajar al arroyo vió al príncipe, y en su cuello una cinta azul, y pensando de ella una medalla.

En seguida se acordó del príncipe y reconoció la cinta y la medalla que había dado á Margarita. Quiso quitársela y empezó á cortarla con su pico, mas, despertó el príncipe, y la golondrina voló llevándose en su pico la mitad de la cinta.

Y luego volaron todas las golondrinas y volando volando atravesaron los mares y llegaron á las costas del Africa.

Antes de llegar se pararon otra vez en otros árboles, y ataron al cuello de su compañera la cinta azul para que no se le cayese.

VI

El príncipe experimentó un dolor inmenso, cuando vió que le habían roto la cinta de Margarita y se habían llevado la mitad; así es que dió una orden por todo el reino de que se buscara, prometiendo al que se la presentase la corona que á él había de pertenecerle por muerte de su padre.

Y lo mismo que un montón de pedacitos de papel se extiende cuando se sopla en medio de ellos, así se dirigieron gentes por todas partes buscando la cinta azul, porque ¿á quién no halaga la esperanza de ser rey, y más en aquellos tiempos, que eran más pacíficos que estos?

Sin embargo, los días pasaban, todos volvían sin encontrar la cinta, y el príncipe languidecía cada vez más y más, hasta tal punto, que los médicos de su reino desconfiaron ya de su salud.

VII

Por Mahoma, decía una tarde el anciano médico árabe Alimek á una joven hermosa que se acercaba á él con una jaula de pájaros y un delantal lleno de flores; por Mahoma, que valírame más no haberte dado asilo! Cada día me traes un jardín de flores y un centenar de pájaros. Concluirás con mi capital en granos para los pájaros y en macetas para las flores! Desde hoy te prohibo que traigas más pájaros ni más flores; deshojaré éstas y dejaré volar aquellos, ó de lo contrario cogeré la tabia en que llegaste á esta playa, te ataré sobre ella y te abandonaré á las olas.

Pero Margarita, que no era otra á la que Alimek reconvenía, amaba tanto á los pájaros, que desobedeciendo á su protector, todas las tardes iba al campo, buscaba los pájaros enfermos, los recogía y se los llevaba á su casa á escondidas.

Y una tarde que Alimek sorprendió á Margarita, iba á arrojarla al mar; pero ¡era tan hermosa!.. Tuvo lástima de ella y se contentó con encerrarla.



VIII

A todo esto las golondrinas llegaron al Africa, y como era el primer viaje que la madre de Margarita hacía, llegó cansada y se puso enferma.

Los otros pájaros que salieron á esperar á las recién venidas, así que la vieron le dijeron en un lenguaje que solo ellas entienden, y yo lo supe por casualidad:

—«Ven, golondrinita, ven con nosotras, que allí en aquella casa hay una joven cariñosa que te cuidará y te pondrá buena.»

Empezaba entonces á amanecer.

Los indecisos rayos rojos de la aurora que penetraban ya por la ventana de Margarita, no la habían despertado aún. Dormía pensando quizás en su madre y en su querido amante, á quienes no volvería á ver.

Los pájaros comenzaron á revolotear por la ventana, y á la melodiosa armonía de sus gorgeos despertó Margarita, abrió la celosía y saludó á sus amigos.

Ellos rodearon á la golondrina enferma.

Margarita se fijó en medio del grupo que habían formado. Como se levantaba de dormir, tenía aún los ojos soñolientos y los cabellos caían desordenados sobre su frente formando hermosos rizos de oro.

Por eso ella se refregaba los ojos con sus sonrosados dedos y se separaba los rizos de su frente.

Porque había visto en el cuello de la golondrina una cinta azul como la suya, y envuelta en un mundo de duda y confusión, quería asegurarse de que aquello que veía no era una continuación del sueño que poco antes tuviera.

Muchas golondrinas hay, decía, que vienen

con cintas: los chicos se entretienen en ponerlas para ver si vuelven á sus nidos: muchas cintas azules hay; pero yo dijera que esta cinta es la de mi medalla.

Entonces cogió la golondrina y se convenció de que era ella.

¿Cómo puede ser esto? preguntaba, y la duda estuvo á punto de volverla loca.

Al mismo tiempo la golondrina reconocía á su hija, á su pobre Magarita á quien creía destrozada por algún pez grande, y el dolor de ver que la había encontrado y no podía hacerla saber que ella era su madre, la agitaba de un modo tan horroroso, que se revolcaba, piaba, daba vueltas y se moría de desconsuelo.

Mientras tanto Margarita no podía desatar la cinta, y hacía tantos esfuerzos para desatarla que al pobre animalito le arrancaba las plumas.

Y como su madre estaba convertida en golondrina por las plumas que las otras le pusieron, según iba arrancándose las Margarita, iba desapareciendo su encanto, y el ave, en vez de piar muy triste, piaba muy contenta.

Por fin Margarita, desesperada por no poder desatar su cinta, cortó la última pluma!...

IX

Había desaparecido el encanto de la golondrina. Cuando Alimek entró á despertar á Margarita, la encontró desmayada en brazos de una mujer que él no conocía.

Era su madre.

Margarita volvió de su desmayo. La madre y la hija se abrazaron y no sabían más que darse besos.

Alimek lloraba de alegría y de ternura.

En aquel momento se abrió la puerta.

Era un emisario de la corte del amante de Margarita anunciando que el padre de este había muerto, y el príncipe le rogaba fuese á visitarle porque se moría y había oído muchos elogios de su ciencia.

Alimek preguntó por la enfermedad del príncipe, y, como en sus libros no había remedios para ella, se negaba á ir.

Pero Margarita y su madre, le dijeron:

—Iremos los tres juntos y curaremos al futuro rey.

Y partieron los tres juntos, porque aunque Alimek era muy entendido, tuvo fé en Margarita.

Por el camino contaron á Alimek toda la historia.

Yo iba detrás de ellos para disfrutar de la sorpresa del príncipe al encontrar al objeto de sus amores, por quien moría.

Pero, lo digo con franqueza, era tan hermosa Margarita, que me volví, porque insensiblemente me enamoraba de ella.

Luego supe que el príncipe se puso bueno, se casó con Margarita, unieron la cinta azul, que con la medalla fué colgada en el altar mayor de la capilla de palacio, y en todos los escudos se hizo grabar una golondrina con una cinta atada al cuello.

Supe también que el primer cuidado de los reyes fué construir unas hermosas torrecillas sobre el terrado del palacio, llenas de semillas y de flores, donde formaban sus nidos los pájaros y las golondrinas y los palomos, y Alimek llegó á convencerse de que es muy bueno tratar bien á los pájaros, y sobre todo á las golondrinas, y mucho más cuando le dijeron que habían sacado las espinas á Jesús, en quien creyó bien pronto.